

Octavio Smith: un esplendor desconocido

Enrique Saínz

EN EL PANORAMA DE LA POESÍA CUBANA DE ESTE SIGLO, la obra de Octavio Smith posee una luminosa singularidad. Sus páginas evocan distancia, lejanía, gestos de mesurada suntuosidad. A diferencia de Lezama y de Diego, con quienes guarda una más evidente relación entre los poetas contemporáneos y precedentes desde Boti y Poveda, en su palabra hallamos una imaginación iluminadora que da a sus objetos un esplendor desconocido. Lo recuerdo en el departamento Colección Cubana de la Biblioteca Nacional «José Martí», en el que trabajaba como investigador, en el desempeño de cuyas funciones realizó un minucioso libro sobre Santiago Pita, autor de la más antigua obra teatral conocida de la literatura cubana, *Príncipe jardinero y fingido Cloridano* (c. 1730-1733), así como un estudio y compilación de la poesía de Luisa Pérez. Lo recuerdo allí, decía, con esas maneras de un especial refinamiento en el hablar, cualquiera que fuese el tema de conversación: la poesía de Saint-John Perse o la más abrumante cotidianidad; lo recuerdo en sus aproximaciones a la lengua francesa para leer a sus grandes maestros; lo recuerdo asimismo hablándome de mi comentario a su libro *Crónicas* (1974), un diálogo que mucho significó para mí. Su persona era trasunto de su poesía, de sus investigaciones literarias y de su narrativa y su teatro, pero no porque estuviese literaturizando la vida, sino sencillamente porque su escritura era raigalmente auténtica. Había en sus maneras un señorío que se caracterizó por la timidez y el refinamiento, la discreción y el sabio silencio. Estimo que aquí tenemos un primer rasgo diferenciador: Octavio Smith no hacía vida pública de carácter literario, no era de fácil conversación ni de entusiasmos evidentes, al menos así lo veo pasados doce años de su muerte y creo que más de veinte de nuestro último encuentro. No sé

cómo habrán sido aquellas reuniones que hacían los miembros del llamado Grupo Orígenes, en uno de cuyos testimonios gráficos (el almuerzo en el que celebraron el otorgamiento, en 1952, del Premio Nacional de Literatura a Lorenzo García Vega por su novela *Espirales del cuje*, publicada en ese año) Smith aparece sonriente, signo probable de una alegría ostensible. Con sus amigos cercanos ha de haber sido quizá más locuaz, pero no pienso que ha sido el suyo un diálogo exaltado en ninguna circunstancia. Estas observaciones, que no entrañan juicios de valor de ningún orden, sólo quieren mostrar la cerrada unidad del hombre y su obra.

Los críticos que se han acercado a sus textos han coincidido en varias afirmaciones. Desde los inicios de la divulgación de sus libros, el primero de los cuales, *Del furtivo destierro* (1946), salió a la luz a sus veinticinco años de edad, ya Fina García Marruz dio a conocer en *Orígenes* (La Habana, año IV, núm. 14, pp. 41-44, verano 1947) una extraordinaria valoración en la que hace distintos claves para la interpretación de la poesía de Smith. Allí observa García Marruz, con la sagacidad que la define entonces, y que la convertiría, con José Lezama Lima y Cintio Vitier, en una ensayista del más alto linaje: nos encontramos ante «un libro insular y marino, o sea inmemorial y nostálgico»; antes nos ha dicho, en la primera línea de su comentario: «El mar es la fábula; la tierra, la historia»¹. Es la escisión integradora, la que a lo largo del poemario veremos expresada en espacios, objetos, personas inmersas en un entorno atemporal, como sumidas en un sueño de movimientos lentos, tocados por «un aire selladamente lacio» (el niño de *La casa que la muerte ha visitado*), cuerpos casi inexistentes, como en *Para la niña destruida*:

Tierna neblina de creación apenas,
muda inquiere tu sangre en intemperie
sitiadora con rostro impenetrable.

En estos instantes iniciales se nos entrega la sustancia *Del furtivo destierro*, ese movimiento tan suyo entre la angustia y la fuerza vital que lo anima, desplazada en silenciosos gestos. Así en estos versos de sabor rilkeano y al mismo tiempo tan entrañablemente definidores de la poética de Smith:

Estrena a cada paso un aspa imprevisible,
una sombra oponente de grávida sordina.
Paño de sombra empozado en el hueco de los muebles,
seca esculpe la inútil soledad de cada cosa,
tu paladar asola como avenida
talada por negruzca arena paso a paso.

¹ Fina García Marruz, *Del furtivo destierro*, en *Orígenes*, La Habana, verano 1947, pp. 41-44. Ambas citas en la 41.

La realidad está como tocada por una levedad que la mantiene en la insuficiencia de sí misma, ingrávida, ausente, entre el ser y el no ser, en consonancia con el título del poema (*La cosa que la muerte ha visitado*) y del libro. García Marruz distingue en estas páginas la angustia «como aquello que no se propaga, que se aísla»² de la fuerza dinamizante de la vida, la vida de los cuerpos y del espíritu: lo que llama «las sagradas ondas de la luz y del sonido»³, el viento como impulsión espiritual. Una callada religiosidad aparece en diferentes momentos de este cuaderno, la primera ocasión en esa movilidad del aire, viento que sopla desde la tradición bíblica, viento nutricio para el renacer en un mundo incorruptible, paraíso perdido. Veamos el poema *La tersa síncope*, y *Del linaje disperso* en su verso final: «Tiembra y apremia a Dios cada criatura», y antes:

Magno diamante activo en cada punto,
qué logrado universo ahora persiste
desde mi corazón y su otro borde
confía al hálito de Dios.

A propósito del temblor dimanante del movimiento de los cuerpos reales en ese poema, hace García Marruz iluminadoras consideraciones en las que vemos esa fusión entre espíritu (opuesto a materia) y vida, categorías que a todo lo largo del libro lo van nutriendo de lo que podríamos llamar la anhelada resurrección.

Otros críticos (Cintio Vitier en *Diez poetas cubanos. 1937-1947*, de 1948, y en *Lo cubano en la poesía*, de 1958; Enrique Saínz en *Octavio Smith: ensayo de aproximación*, recogido en *Ensayos críticos*, de 1987, Jorge Luis Arcos en *Octavio Smith: poeta de las ruinas*, en *Orígenes: la pobreza irradiante*, (1999), y Jorge Yglesias en *Octavio Smith en su reino*, de 1995) han hablado también de esta poesía como un diálogo nostálgico entre el poeta y un pasado inmemorial en el que habitaba la dicha, recuerdos que van hacia el futuro. Vitier nos dice: «Los temas nostálgicos de leyenda o elegía, tocados de leve y anhelante anacronismo, arden preferidos en una mirada cuya intuición básica es el desgarramiento sigiloso, por la caída inmemorial, de un reino incorruptible: la fábula o paraíso»⁴. En *Del furtivo destierro* percibimos con mucha nitidez esa dualidad de la ausencia (angustia, vacío, pérdida) y el visible u oculto esplendor de la totalidad, de perfecta hechura diamantina, lo entrañable cotidiano (la hierba, la lluvia, el viento) y lo cósmico (las estrellas, el espacio limitado). Se establece, diríamos, una incesante batalla entre el suceder, minúsculo o enorme, y el no ser: hueco, oscuridad, miedo. A veces encontramos una percepción de extraordinaria grandeza que podría llevarnos en uno u otro sentido, el de la angustia o

² Ob. cit., p. 41.

³ Ob. cit., p. 42.

⁴ Cintio Vitier, *Octavio Smith*, en su *Diez poetas cubanos. 1937-1947*. Antología y notas de Cintio Vitier. La Habana Ediciones Orígenes, 1948. p. 199.

el de la iluminación de la vida, como si el paisaje oscilara entre ambos extremos, así en este verso inolvidable:

Y continuáis, cipreses, bajo la lluvia inmensa.

Hay como una fijeza de lo real, una permanencia indestructible en la que el poeta sacia su hondo desasosiego por el imposible de lo que no puede recuperar, lo que se fue definitivamente y se ha tornado paraíso y esplendor de la memoria, no ya de los sentidos. Los cipreses y la lluvia conforman aquí una imagen dichosa que tiene, sin embargo, algo del más intenso romanticismo y es a la vez su negación, por cuanto es capaz de vivificarnos.

En su siguiente poemario, *Estos barrios* (1966), la cotidianidad asciende a una categoría de la más alta estirpe. Como si se transformase en un decursar que el poeta desea y que puede mirar tranquilamente. Así estos versos de la sección 5 de III (Exteriores y parques):

Hablemos del recinto donde el tiempo
perora suave, límpido, patricio.

tan cercanos en la mirada y el anhelo a las páginas de *En la Calzada de Jesús del Monte* (1949), de Eliseo Diego, así como todo el libro, con título de evidente afinidad, concebidos ambos dentro de lo que podríamos considerar una los de los rasgos de la poética origenista: la búsqueda de una cubanía que rebase los insuficientes y empobrecedores límites del costumbrismo superficial y exteriorista. Veamos el final, entorno abierto con ese mismo aire señorial que siempre nos llega en la poesía de Smith, cualesquiera que sean sus rememoraciones o sus vivencias. Allí nos dice:

Hablo de amplios espacios lúcidos,
faz de un parque de barrio, de los aires
que avisan que no muero, de preciadas
maneras de llevarnos al silencio.

Vamos por los sitios, la ciudad. Vamos con estos personajes que se realizan, son más ellos mismos en el ir y venir por las calles, los parques, los interiores. Hay siempre una angustia callada que podemos sentir en esos movimientos, pero igualmente percibimos, y con más fuerza, una secreta alegría tranquila en ese andar adentro y afuera, en la intemperie íntima o en los interiores cálidos y memoriosos. Leamos el comienzo de la sección 7 de V (El viudo, su hija, la visitante, los retratos):

Alisas un mantel, cantas
por lo bajo, respiras
la soledad vibrante y afinada.

A la luz del primer poemario, éste que apareció en 1966 representa el detenimiento en el afuera, en la realidad inmediata como un reino de alusiones, símbolos suficientes, vistos y disfrutados por singulares personajes que son ellos también, como los cuerpos de las cosas que pueblan el cuaderno, entidades de una lejanía de rango espiritual. Hallamos esta extraña dualidad: las escenas se van sucediendo como una suma de actos, presencias, diálogos consistentes, reales, y al mismo tiempo distantes, hechos de sustancia inapreciable, rememoración de un tiempo indefinible que no podemos precisar. Hay algo en esas imágenes que nos hacen pensar en una puesta en escena, a la manera del teatro de Claudel, con interlocutores que nos van comunicando sus delicadas impresiones matizadas de realidades de diverso rango, breves parlamentos en los que se integran las percepciones en misteriosa fuerza que los dialogantes van develando ante nosotros. Cierta bruma de interiores penumbrosos recorre estas páginas. En la sección V (El viudo, su hija, la visitante, los retratos), signos evidentes de espiritualidad trascendentalista, en el segmento 11, leemos lo siguiente en *La Hija*:

Pronto será el talante hurano
de la sombra suntuosa, cuando esconde
su timbre claro el corredor
impresionable y la floresta
de un tapiz quisiera penetrarnos
con su muda queja y nervaduras
de pasión desafiante.

Siempre percibimos en la poesía de Smith ese aire de ausencia que está en el centro de su cosmovisión, memoria de lo inapreciable, realidad soñada o fabulosa. No hay en el poeta el drama romántico del yo, sino la desazón de la pérdida, del reino inalcanzable. A propósito de *Del furtivo destierro* (título que alude a lo que acabamos de decir) apunta Vitier esta sagaz observación: «La insularidad profunda de la poesía de Octavio Smith está en su aguzamiento para el temblor del aire, las frondas, el mar. Ese temblor lo sitúa, religiosamente, en un irse que es un *ir*, en una furtividad del ser que es un reintegrarse oculto a la orilla más lejana; imaginativamente, lo incorpora al riachuelo de la reminiscencia, que pronto es la nostalgia de toda realeza perdida»⁵. Ese es el soplo que nos llega de la lectura de *Crónicas* (1974), el tercero y último de sus libros de poemas, tan cercano a la obra homónima de Saint-John Perse, cuya impronta en nuestro poeta fue altamente fecundante. Es una rememoración que parece hecha desde lo inmediato, en el mirar del decursar del diario quehacer. Los hechos y las cosas se vuelven remotos. El poeta quiere dejar constancia de una historia íntima, de minuciosos y entrañables instantes, pero entonces sentimos que en esa narración estamos en un mundo que está al

⁵ Cintio Vitier, *Lo cubano en la poesía*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1998. p. 366.

mismo tiempo ausente. Ello se evidencia en el poema *No sé, no sabré nunca*, sobre todo en la primera parte:

No sé, no sabré nunca lo que dice
 cuando se ha ido y las postreras
 lumbres devuelven un domingo iluso,
 aires felices y maltrechos
 que escalarán urgidas, frescas voces,
 miradas de muchachas desde el hondo
 saber de los portales: todo ese
 ir apartando los colgajos
 cristalinos por tristemente fieles
 que alguien secunda circunspecto
 como el que se contempla en vieja foto
 o se ha oído decir «vamos al parque»
 con voz indefiniblemente ajena.

Es toda una atmósfera de recuento que está y no está, presencia y ausencia que ya en el verso inicial se nos revela en ese *nunca* de lo ya irrealizable. El carácter de crónica, de historia, se entremezcla con esa sensación de no ser de las afirmaciones *no sabré nunca, se ha ido, domingo iluso, vieja foto* (crónica visual de lo remoto, lo inmóvil, en la que se mira el pasado desde hoy por el mismo ausente que sin embargo se está viendo en la imagen), *voz indefinidamente ajena*. Otros poemas igualmente sustanciales de este libro (*El altillo de maderamen claro; Andanzas de Pablo Azimo*, personaje de su relato *Andanzas*, publicado en 1987, al que el autor consagró un refinado trabajo de escritura en una prosa que no es ajena a los mejores poemas de los tres poemarios; *Lluvia en septiembre, Mar de la tarde, Memento*) nos dejan ese sabor diáfano y oscuro, esa gravitante sensación de majestuosidad, lento paladeo de vivencias pasadas y presentes que reaparecen a todo lo largo de *Crónicas*. Son esos, creo, junto a otros, los rasgos más perdurables del *corpus* lírico de Octavio Smith. Es la suya una mirada de rico señorío que es capaz de engrandecer las imágenes de la ruina y de hacernos vivir intensamente nuestras propias experiencias cotidianas, nuestras memorias de un paraíso ya irrecuperable.

Tanto o más que en su poesía hallamos en *Andanzas*, esa breve narración inmensa, el regusto del poeta por la lenta edificación de su memoria, pues no otra definición sería la mejor para la totalidad de la obra de Smith que la de una memoria deseante, recuerdo de lo que él espera para el porvenir. El ámbito de esta narración pertenece, de hecho, a una intemporalidad que mucho nos dice de esta poética de la reminiscencia que quiere reconstruir lo que podríamos considerar como la identidad metafísica perdida. Las reflexiones y paisajes de esta narración, y en no menor medida sus personajes, son una reelaboración de sus tres libros anteriores, en nada esencial disímiles de éste. Como en Lezama, en Diego, en Vitier, poesía e historia se entrecruzan y alimentan mutuamente en los textos de Octavio Smith, de manera especial en

esta prosa y en sus pocas piezas teatrales, piezas para la intimidad, con ese estar y ser de figuras simbólicas cuyo sentido último podemos vislumbrar ya en sus títulos: *La visitante*, *Isabel* y *el retablo intruso*. Pero no se trata en el caso de Smith de una historia factual, de acontecimientos externos, sino de un suceder interior que ha de revelarnos nuestro destino y que tenemos que ir construyendo para llegar a la identidad que nos define como hombres. Dice Vitier en su comentario a *Andanzas*: «en todo caso de un esplendor se trata, y en el fondo no de otro que el de ser hombre.»⁶

⁶ Cintio Vitier, *Andanzas*, en su *Prosas leves*. La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1993. pp. 160-168. La cita en la 163.

